

EN EL CUARENTA ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE BLASCO IBÁÑEZ

=====

Discurso de don Julio Just

ESPAÑOLES :

Como otros años al llegar esta fecha del 28 de enero, aniversario de la muerte de Blasco Ibáñez, vengo a la Radiodifusión Francesa para decir unas palabras en homenaje al Maestro valenciano, al gran novelista, honra de las letras españolas. Palabras dirigidas a todos los españoles, de dentro y de fuera de la patria, porque a todos alcanza algo de la gloria conquistada con la pluma por el autor de "La Barraca".

Se cumple ahora el 40 aniversario de la muerte de Blasco. Yo fui a su entierro, y con otros compatriotas, Julio Jiménez, Carlos Esplá, Fernando Llorca, Alvaro Pascual Leonc, entre otros, llevé su ataúd desde Fontana Rosa, residencia que se hizo construir al pie de los Alpes, cerca del Mediterráneo, hasta el cementerio de Menton. Cementerio situado en lo alto de una escarpada colina, atravesando para llegar a él el pueblo viejo con casas de pescadores y de campesinos, y en la plazoleta adornada de árboles, que se extiende ante el cementerio, dominando la inmensidad del mar y alcanzando a ver entre una niebla azulada las rientes costas de Italia, hablé en nombre de la juventud literaria y republicana de España. Yo había llevado al Maestro unos puñados de tierra de la huerta valenciana, cogidos en las proximidades del Molino y Ermita de Vera y unos claveles rojos de un jardín próximo a la Malvarrosa que puse en el pecho del Maestro.

De entonces a hoy no ha pasado un solo aniversario sin que yo escribiera y hablara sobre Blasco, mi Maestro, recordando su caudalosa obra literaria, su influencia en la literatura española y su resonancia en el mundo entero, y recordando también, porque es de justicia hacerlo, su combate de toda la vida por la libertad y por el progreso y bienestar del pueblo español. Hasta 1939 lo hice en España, generalmente en Valencia; la última vez fue en el Cementerio civil, el 28 de enero de 1939, con ocasión de haber trasladado sus restos desde el lugar en que estaban en el Cementerio general, aguardando la construcción de un mausoleo dedicado a los valencianos ilustres en el que había de tener él sepultura definitiva, en compañía de las de don Salvador Giner, el gran músico, el de la "Nit d'albaes", Mariano y José Benlliure, y Joaquín Sorolla, el llamado mago de la luz porque nadie, hasta él, había sabido pintarla con tanta maestría. Mausoleo que no se construyó y que aguarda aún ser construido, y en vista de lo cual, como dije antes, fueron llevados los restos de Blasco al Cementerio civil, en donde están entre otras las sepulturas de Constantino Llombart, el autor de "Els fills de la morta viva", Alfredo Calderón, el gran escritor y periodista, que buscó en el clima valenciano un remedio para sus dolencias y "Cantolaro" el sacerdote amigo y defensor de la libertad, colaborador de "El Motín" de don José Naeckens. Yo mismo escribí en el enlucido del nicho, enlucido fresco aún, el nombre de Blasco Ibáñez y luego dirigí la palabra a una multitud silenciosa y grave que llenaba el recinto. No olvidaré nunca ese momento de profunda emoción. En el silencio que reinaba allí, a pesar de la multitud que había escuchando mis palabras, se oía a veces el chirrido de un carro de la huerta o las voces de los campesinos que trabajaban los campos, ajenos un poco a la tragedia que se cernía sobre todos los que estábamos allí y sobre millones de españoles. En efecto, muchos de los que me escuchaban, no puedo recordarlo sin

una gran emoción, perdieron la vida poco tiempo después. Yo saludo emocionado su memoria y no he olvidado, ni olvidaré nunca, la noble causa por la cual murieron.

Después de esa fecha he hablado recordando a Blasco en muchos sitios fuera de España, en ciudades diversas de Francia, en Méjico, pero sobre todo en París, dos veces de ellas en la Sorbona, y otras en colegios en que se cultiva el hispanismo, como he escrito con el mismo fervor que he hablado, en periódicos franceses, periódicos de la emigración y en periódicos de Nueva York, de Colombia, de Venezuela, de Cuba y de Méjico.

Hoy, todavía en el exilio, todavía fuera de la patria, no pudiendo visitar el Cementerio civil, ni el lugar que ocupaba la casa natalicia del Maestro, ni la Malvarrosa en cuyo jardín plantó dos años consecutivos un laurel, ni la casa de Burjasot, cerca de los Silos en la que escribió una de sus bellas páginas sobre el paisaje valenciano, que figura en "Arroz y Tartana", y que el hispanista francés, Camilo Pitollot inserta en su libro sobre Blasco Ibañez, paisajista literario, no pudiendo visitar, digo, esos lugares que considero sagrados para todo blasquista, como yo, ni visitar lo que fue la redacción de "El Pueblo", en donde escribió algunas de sus novelas y cuentos, ni lo que fue "Editorial Sempere", he ido antes de venir aquí, para hablar desde este mirador, he ido al número 12 de la calle Davioud en donde está la casa en que habitó el Maestro algún tiempo, antes de emprender su periplo americano, que había de servirle para escribir las novelas que pensaba dedicar a la conquista y colonización de América por los españoles. Es un gracioso hotelito con una verja de hierro y una escalera de piedra que da acceso a las habitaciones. Unos árboles, ahora desnudos, puro esquema, se dibujan ante la fachada de ladrillo rojo y de piedra blanca. Es un hotelito de estilo frecuente en el viejo Passy, cerca del cual pasa el Sena, y que recuerda lo que algunos escritores llaman "la belle époque". Esa casa constituyó el primer domicilio que Blasco tuvo en París después de haber ocupado una habitación en el Hotel de Grands Hommes que está en la Plaza del Panteón, cerca del jardín del Luxemburgo, cuando era un muchacho. Ahí decidió Blasco lo que iba a hacer. Durante algún tiempo había vacilado entre volverse a España, renunciando a su vida política y continuando la literaria, o marchar a América, a lo que lo tentaban voces amigas que le pedían que se estableciera en algún país del Continente. La mayor parte de los que hablaban así eran argentinos, fervorosos lectores suyos, otros entusiastas compañeros de ideal, otros que pensaban que Blasco podía hacer una gran obra colonizadora empleando campesinos valencianos, reconociendo además en Blasco el temperamento, el carácter aventurero de los conquistadores. Es, pues, esta casa de la calle Davioud, una meta importante en la vida y biografía de Blasco. Por eso he venido hoy a visitarla, haciéndome la ilusión de que el Maestro estaba allí, ante su mesa de trabajo, rodeado de libros, un rimero de cuartillas ante él, en vez de ir al número cinco de la calle Rennequin, en donde vivió años después, a pesar de que en esa casa escribió "Marco-Nostrum" y "Los cuatro jinetes del Apocalipsis", dos obras maestras, que se leerán siempre por cuantos hablen español.

Queridos españoles, queridos valencianos: al recordar en esta fecha la gloriosa figura de Blasco Ibañez, mi Maestro, quiero decir también mi convicción de que el año próximo podré hacerlo en Valencia.

## H A C E   C U A R E N T A   A Ñ O S

= = = = =

El 28 de enero de 1928, hace pues cuarenta años, murió en Montón Vicente Blasco Ibáñez, novelista, viajero, político, periodista, de fama universal. Ningún escritor de su generación tuvo y tiene tanta resonancia en el extranjero. Todas sus novelas, treinta y cinco, sin contar las que escribió en su primera juventud, que él no quiso nunca que se incluyeran en la lista de sus libros, han sido traducidas a la mayor parte de las lenguas vivas: el francés, el alemán, el inglés, el italiano, el danés, el ruso, el checo, el portugués, el sueco, el húngaro, el noruego, el japonés, el búlgaro, el yugoeslavo, el polaco, el finlandés. Casi todas estas traducciones, hechas por escritores prestigiosos, han sido precedidas por semblanzas literarias, algunas verdaderos ensayos sobre el valor artístico de la obra del maestro valenciano y el lugar que ocupa en la literatura española contemporánea, y aun en la universal. La primera de las traducciones de las novelas de Blasco fue la que hizo de "La Barraca" el hispanista francés G. Hérelle, profesor de español del Liceo de Bayona, quien compró un ejemplar de los 700 que se vendieron de la primera edición un domingo en que fue a San Sebastián a ver una corrida de toros. De esa traducción al francés, hecha por Hérelle con fervor entusiasta, data la nombradía de Blasco más allá de las fronteras españolas, pues a partir de entonces los grandes críticos europeos se interesan por Blasco y su obra literaria.

La consagración no llega, sin embargo, hasta que aparece su novela "Los cuatro jinetes del Apocalipsis" que de la noche a la mañana lo hace célebre en los Estados Unidos. La celebridad va, además, acompañada de la riqueza. Naturalmente, estos éxitos de Blasco en el extranjero, cosa que no ocurría con Baroja, Valle Inclán, Pereda, la Pardo Bazán, Palacio Valdés y aun Galdós, el gran Galdós de "Fortunata y Jacinta" y de "Angel Guerra" —estoy hablando de los que fueron esencialmente novelistas, creadores de fábulas novelescas— naturalmente, digo, estos éxitos de Blasco tuvieron su repercusión en España donde no había acabado de triunfar a pesar de haber publicado ya lo mejor de su obra novelesca. Lo mejor, digo, o parte de lo mejor, que son sus grandes novelas de carácter regional. Esa repercusión en España, de que hablo, hizo que se modificaran algunos criterios que sobre la estética de Blasco se habían expuesto, sobre todo por Azorín, Baroja y Valle Inclán, aunque andando el tiempo, sobre todo al morir Blasco, Azorín confesó su grande y profunda admiración por su obra, hasta el punto de que en una entrevista con el escritor valenciano Emilio Gascó Contell, dijo: "Los mejores narradores de las letras universales son León Tolstoy y Blasco Ibáñez".

En la hostilidad a Blasco, que se manifestaba por algunos escritores españoles de la generación llamada del 98 y en algunos sectores de la opinión española, influían varias cosas. Destacaré las que me parecen más claras, más evidentes. Una, el que Blasco no fuera, no lo fue nunca, ni en su juventud, hombre de tertulia, hombre de café. Blasco despreciaba eso. Como los pintores impresionistas, como Sorolla, a quien llamaba hermano en arte, amaba el aire libre, amaba andar, observar, acumulando en su espíritu y en su portentosa retina paisajes, tipos, escenas, efectos de luz, colores, murmullos del viento y fragores del mar, que luego evocaba con asombrosa fidelidad, sin que ello pareciera costarle el menor esfuerzo. Por algo, en una carta a Julio Cejador, verdadero documento para la historia de la literatura, dijo que "no tuvo nunca dificultad ninguna para expresar en la forma que le parecía mejor

su pensamiento", lo que no ocurre con otros grandes escritores, como Anatole France y como Flaubert, por ejemplo, a los que cada página les cuesta reñir un combate, a veces agotador, entre la idea y la forma.

Pero había otra cosa que se oponía al triunfo literario de Blasco, la política. Aunque algunos, como Baroja y Valle Inclán, y más tarde Eugenio d'Ors dijeran que Blasco se había servido de la política para hacer propaganda en favor de sus libros, de sus novelas y cuentos. Tal vez contribuyó a que se dijeran estas cosas, cuando la verdad era que la política le perjudicó mucho en su carrera literaria; el hecho de que las primeras grandes novelas, concretamente "Arroz y Tartana", "Flor de Mayo" y "La Barraca", se publicaran antes que en libro en folletón literario en "El Pueblo". "El Pueblo" era el periódico que para defender las ideas republicanas fundó Blasco en 1894, periódico de lucha y por lo tanto sin anunciantes casi y además teniendo que sufrir constantemente la persecución de las autoridades gubernativas que tenían órdenes terminantes de Madrid de acabar con Blasco y con "El Pueblo". Combate poco conocido de la mayor parte de los lectores y de los críticos de Blasco, sobre todo de los extranjeros, y hoy, en España, por parte de las nuevas generaciones. Combate que, a pesar del desorden que introducía en su obra literaria y de los peligros que le hizo correr, duró hasta el último día de su vida. En efecto, cuando después de haber dejado de ser diputado republicano por Valencia y poner la dirección de "El Pueblo" y la del partido republicano que fundó en manos de su discípulo Félix Azzati, se creía liberado de todo compromiso político, pudiendo consagrarse por entero a su obra literaria, el 13 de septiembre de 1923 el general Primo de Rivera, de acuerdo con Alfonso XIII, da su famoso golpe de Estado que acaba con la Constitución de 1876 y establece una dictadura militar que dura siete años y que es en definitiva causa de que cayera la monarquía y se proclamara, el 14 de abril de 1931, la República, Blasco se pone abiertamente contra el nuevo régimen y denuncia ante el mundo la felonía del Rey que había jurado observar y hacer observar la Constitución que le ligaba al pueblo. Fue entonces cuando Blasco escribe unos folletos que producen una enorme impresión en España y en todas partes haciendo tambalear al trono. Esos folletos que se tradujeron a varias lenguas y que escribió aquí, en París, en un hotel de la avenida de la Opera, se titulaban: "Por España y contra el Rey", "Alfonso XIII desenmascarado" y "Lo que será la República Española". Blasco vuelve así al combate político, aunque ya no era joven y podía perder su fortuna y sosiego, y hasta la vida. Su celebridad la pone al servicio de la causa de España y de la libertad, por las cuales en otro tiempo había ido a la cárcel, se había batido catorce veces en duelo, siendo herido en algunas, había vivido varios años en el destierro. En fin, Blasco, por ser fiel a las ideas que había defendido toda su vida muere en el exilio, hace, como dije más arriba, cuarenta años, y en su testamento dijo: "No se lloven mis restos a España mientras no haya en ella libertad". Y he aquí el triste destino de los restos del gran novelista y gran español, que ha hecho más por España que todos sus generales juntos: En 1933, exactamente el 28 de octubre, esos restos fueron llevados a Valencia para recibir sepultura definitiva en la tierra natal y porque se creía arraigada definitivamente en España la Libertad. Hoy, desde el cementerio civil de Valencia, rodeado de huerta, esa huerta que él describió como nadie en sus libros, en "La Barraca" sobre todo, claman ante el mundo porque renazca en España la libertad.

Julio Just.